

Dominio y don

El problema de la eugenesia y la ingeniería genética es que representan un triunfo unilateral de la voluntad sobre el don, del dominio sobre la reverencia, del moldeo sobre la contemplación. Pero cabe preguntarse: ¿Por qué habría de preocuparnos este triunfo? ¿Por qué no nos sacudimos de encima nuestra incomodidad ante el perfeccionamiento como una superstición más? ¿Qué se perdería si la biotecnología disolviera nuestra conciencia de lo recibido?

Humildad, responsabilidad y solidaridad

Desde el punto de vista de la religión, la respuesta es clara: creer que nuestros talentos y capacidades son completamente obra nuestra es mal entender el lugar que ocupamos en la creación, confundir nuestro papel con el de Dios. Pero la religión no es la única fuente de razones para valorar lo recibido. También es posible describir en términos seculares lo que está en juego moralmente. La erosión de nuestra apreciación del carácter recibido de las capacidades y los logros humanos como resultado de la revolución genética supondrá la transformación de tres **elementos centrales de nuestro paisaje moral: la humildad, la responsabilidad y la solidaridad.**

En un mundo social que valora el dominio y el control, la crianza es una escuela de humildad. El hecho de que nos preocupemos tanto por nuestros hijos, y sin embargo no podamos elegirlos, enseña a los padres a mantenerse abiertos a lo recibido. Dicha apertura es una actitud que merece ser fomentada, no sólo en las familias sino en el mundo en general. Nos invita a aceptar lo inesperado, a vivir con la disonancia, a dominar el ansia de control. Un mundo como el de Gattaca, donde los padres y las madres estuvieran acostumbrados a especificar el sexo y los rasgos genéticos de su progenie, sería un mundo hostil a todo lo que escapa a nuestro control, en otras palabras, una comunidad cerrada.

La base social de la humildad también se vería reducida si la gente se acostumbrara a la autooptimización genética. La conciencia de que nuestros talentos y habilidades no son enteramente obra nuestra contiene nuestra tendencia a la hybris. Si la bioingeniería lograra hacer realidad el mito del "hombre que se ha hecho a sí mismo", difícilmente veríamos nuestros talentos como dones por los que estamos en deuda, sino más bien como logros de los que somos responsables. (Por supuesto, los hijos genéticamente optimizados no serían responsables de sus rasgos sino que estarían en deuda por ellos, aunque esta deuda se dirigiría más hacia los padres que hacia la naturaleza, el azar o Dios.)

A veces se piensa que la optimización genética mina la responsabilidad humana al suprimir el esfuerzo. Pero el auténtico problema es la multiplicación de la responsabilidad, no su erosión. Al tiempo que se pierde la humildad, la responsabilidad alcanza proporciones intimidantes. Cada vez hay menos que atribuir al azar y más a la elección. Los padres se convierten en responsables de elegir, o de no elegir, los rasgos idóneos para sus hijos. Los atletas se convierten en responsables de adquirir, o de no adquirir, los talentos que contribuirán a la victoria de su equipo.

Una de las ventajas de vernos como criaturas de la naturaleza, de Dios o de la fortuna, es que no somos plenamente responsables de cómo somos. Cuanto más dueños nos hacemos de nuestra dotación genética, mayor es la carga de responsabilidad que asumimos por nuestros talentos y nuestros logros. Hoy, cuando un jugador de baloncesto falla un rebote, su entrenador puede echarle la culpa por no mantener la posición. Mañana, el entrenador podría echarle la culpa por ser demasiado bajo.

En la actualidad, el creciente uso de productos optimizadores del rendimiento en el deporte profesional ha llegado incluso a transformar sutilmente las expectativas de los jugadores respecto a sus compañeros. En el pasado, cuando el equipo de un abridor [starting pitcher] no hacía suficientes carreras para ganar los partidos, éste sólo podía lamentarse de su mala suerte y asumir la situación. En nuestros días, el uso de anfetaminas y otros estimulantes está tan extendido que los jugadores que entran en el campo sin tomarlos reciben críticas por

"jugar a pelo". Un jardinero [outfielder] retirado de la major league dijo recientemente a Sports Illustrated que algunos lanzadores critican a los compañeros de equipo que juegan sin tomar nada: «Si el abridor sabe que vas allí a pelo, se cabrea porque no das [todo] lo que puedes. El gran lanzador quiere estar seguro de que sales al partido al máximo».

La multiplicación de la responsabilidad, y las cargas morales que eso conlleva, también puede reconocerse en las cambiantes normas que acompañan el uso del test genético prenatal. Antes, dar a luz a un hijo con síndrome de Down era visto como una cuestión de azar; hoy, muchos padres de niños con síndrome de Down u otras discapacidades genéticas se sienten juzgados o cuestionados. Un terreno antes gobernado por la fortuna es ahora un terreno de elección. Más allá de consideraciones acerca de qué -o si algún- rasgo genético justifica la interrupción del embarazo (o el descarte de un embrión, en el caso del diagnóstico genético preimplantación), el surgimiento de los tests genéticos ha creado una carga de decisión que antes no existía. Los futuros padres siguen siendo libres para decidir si usan estos tests prenatales y si actúan en función de los resultados. Pero no son libres para escapar a la carga de decisión que crea la nueva tecnología. Y tampoco pueden evitar encontrarse implicados en la ampliada red de responsabilidades morales que acompaña a los nuevos hábitos de control.

El impulso prometeico es contagioso. Tanto en la crianza como en los deportes, distorsiona o mina la dimensión de la experiencia humana en cuanto don. Cuando el dopaje se convierte en algo habitual, los jugadores de béisbol que no lo practican son acusados de "jugar a pelo". Cuando la selección genética se convierte en una situación corriente, se considera que quienes la evitan "van a ciegas" y se les hace responsables de cualquier defecto genético que puedan tener sus hijos.

Paradójicamente, la multiplicación de la responsabilidad por nuestro propio destino, y también por el de nuestros hijos, podría reducir nuestro sentido de la solidaridad hacia los más desafortunados. Cuanto más conscientes somos del carácter azaroso de nuestro destino, más razones tenemos para compartirlo con otros. Consideremos el caso de los seguros. En la medida en que las personas no saben si padecerán enfermedades graves, ni cuándo, están dispuestas a compartir el riesgo comprando seguros de salud y de vida. A la larga, los sanos terminan financiando a los enfermos, y los que viven hasta una edad avanzada terminan financiando a las familias de los que mueren antes. El resultado es una mutualidad por inadvertencia. Las personas ponen en común sus riesgos y sus recursos, y comparten el destino de los demás, incluso en ausencia de un sentimiento de obligación mutua.

Sin embargo, los mercados de seguros sólo pueden simular la práctica de la solidaridad en la medida en que la gente no sabe o no controla sus propios factores de riesgo. Supongamos que los tests genéticos avanzaran hasta el punto de que pudieran predecir de forma fiable el historial médico y la expectativa de vida de cada persona. Quienes pudieran confiar en tener una buena salud y una larga vida no querrían entrar en el bote común, lo que provocaría un aumento espectacular de las primas para aquellos destinados a una mala salud. Las personas con buenos genes evitarían la compañía actuarial de las personas con malos genes, con lo que desaparecería el aspecto solidario del seguro.

El miedo de que las empresas de seguros pudieran usar datos genéticos para evaluar riesgos y establecer primas llevó a que el Senado de Estados Unidos votara recientemente una ley que prohibía la discriminación genética en los seguros de salud. Pero el mayor peligro, aunque ciertamente más especulativo, es que la práctica generalizada de la optimización genética pudiera dificultar el desarrollo de los sentimientos morales que requiere la solidaridad social.

Después de todo, **¿por qué habrían de deberles algo las personas que han tenido éxito a las más desaventajadas de la sociedad?** Una respuesta convincente a esta pregunta se basa en gran medida en la noción de don. Los talentos naturales que permiten el éxito de algunos no son obra suya, sino más bien de su buena fortuna, el resultado de una lotería genética. Si nuestra dotación genética es un don, y no un logro del que podamos atribuirnos el mérito, es erróneo y presuntuoso asumir que tenemos derecho a apropiarnos de todos los beneficios que genera en una economía de mercado. Tenemos pues una obligación de compartir estos beneficios con aquellos que carecen de dones comparables, sin que sea una

falta por su parte.

En esto consiste, pues, el vínculo que une la solidaridad con la apreciación de lo recibido: sólo una aguda conciencia de la contingencia de nuestros dones, de que ninguno de nosotros es plenamente responsable de su éxito, puede salvar a una sociedad meritocrática de caer en la arrogante presunción de que el éxito es el coronamiento de la virtud, de que los ricos son ricos porque lo merecen más que los pobres.

Si la ingeniería genética nos permitiera revocar los resultados de la lotería genética, cambiar el azar por la elección, el carácter recibido de los talentos y los logros humanos perdería terreno, y tal vez también nuestra capacidad para reconocer que compartimos un destino común. Las personas de éxito tendrían aún más tendencia a considerar que se han hecho a sí mismas y que se valen por sí mismas, y que son por lo tanto enteramente responsables de su propio éxito. Aquellos que se encuentran en la parte baja de la sociedad ya no serían vistos como desfavorecidos, y por lo tanto merecedores de cierto grado de compensación, sino simplemente como no aptos, y por lo tanto necesitados de reparación eugenésica. La meritocracia, menos contenida por el azar, se volvería más exigente, menos compasiva. En la medida en que un conocimiento genético perfecto terminaría con el simulacro de la solidaridad en los mercados de seguros, un control genético perfecto erosionaría la solidaridad que surge actualmente cuando los hombres y las mujeres reflexionan sobre la contingencia de sus talentos y sus fortunas.

Objeciones

Es probable que mi argumento contra la optimización despierte al menos dos objeciones: algunos se quejarán de que es abiertamente religioso; otros objetarán que no resulta convincente en términos consecuencialistas. La primera objeción afirma que hablar de un don presupone la existencia de alguien que lo otorga. En tal caso, mi argumentación contra la optimización y la ingeniería genética es inevitablemente religiosa. Pero entiendo, al contrario, que una apreciación del carácter recibido de la vida puede surgir de fuentes tanto religiosas como seculares. Algunos creen que Dios es la fuente del don de la vida, y que la reverencia por la vida es una forma de gratitud hacia Dios, pero no es necesario mantener esta creencia para apreciar la vida como un don o para sentir reverencia hacia ella. Se habla comúnmente del don de un atleta, o de un músico, sin presuponer por ello que este don procede de Dios. Significa simplemente que el talento en cuestión no es obra plenamente del atleta o del músico; no importa si debe agradecérselo a la naturaleza, a la fortuna o a Dios: sigue siendo un don que está más allá de su control.

De modo parecido, la gente habla a menudo de la santidad de la vida, e incluso de la naturaleza, sin abrazar por ello necesariamente la versión metafísicamente fuerte de esta idea. Hay quien sostiene por ejemplo, de acuerdo con los antiguos, que la naturaleza es sagrada en el sentido de estar encantada, o inscrita con un significado inherente a ella, o animada por un divino propósito; otros, dentro de la tradición judeocristiana, consideran que la santidad de la naturaleza deriva de la creación del universo por parte de Dios; y otros creen que la naturaleza es sagrada simplemente en el sentido de que no es un mero objeto a nuestra disposición, abierto a cualquier uso que queramos darle. Todos estos sentidos de lo sagrado insisten en que valoremos a la naturaleza y a los seres vivos que pertenecen a ella como algo más que meros instrumentos; actuar de otro modo constituye una falta de reverencia, una falta de respeto. Pero este mandato moral no tiene por qué reposar sobre un único fundamento religioso o metafísico.

Tal vez alguien podría responder que las nociones no teológicas de santidad y de don no pueden sostenerse por sí mismas, sino que deben apoyarse en premisas metafísicas no reconocidas. Esta es una cuestión profunda y difícil que no puedo pretender resolver aquí. Merece la pena observar, sin embargo, que pensadores liberales como Locke, Kant y Habermas aceptan la idea de que la libertad depende de un origen o un punto de vista que excede a nuestro control. Para Locke, no está en nuestra mano renunciar a nuestra vida y a nuestra libertad (por medio del suicidio o de la propia venta como esclavo), aun siendo derechos inalienables. Para Kant, no somos más libres de explotarnos o tratarnos como objetos a

nosotros mismos de lo que podamos ser respecto a otras personas. Y para Habermas, como hemos visto, nuestra libertad como seres morales iguales depende de que nuestro origen esté más allá de cualquier control o manipulación humana. Podemos dar sentido a nuestra noción de derechos inalienables e inviolables sin necesidad de abrazar concepciones religiosas de la vida humana. De modo parecido, podemos dar sentido a la noción de don y reconocer todo su peso moral con independencia de si ponemos o no ponemos a Dios en su origen.

La segunda objeción interpreta mi argumentación contra el perfeccionamiento en términos estrechamente consecuencialistas, y la encuentra deficiente por razones como las siguientes: apuntar hacia los posibles efectos de la bioingeniería sobre la humildad, la responsabilidad y la solidaridad puede resultar persuasivo para quienes aprecian estas virtudes. Pero quienes aprecien más el logro de una ventaja competitiva para sí mismos o para sus hijos, pueden decidir que los beneficios que puede reportarles la optimización genética son más valiosos que sus efectos presuntamente negativos sobre las instituciones sociales y los sentimientos morales. Es más, asumiendo incluso que la ambición de dominio es mala, una persona que se deje llevar por ella puede conseguir un bien moral que la redima: una cura para el cáncer, por ejemplo. **¿Por qué tendríamos que dar por supuesto que lo que hay de "malo" en el dominio pesa necesariamente más que los bienes que puede reportar?**

Mi respuesta a esta objeción es que no pretendo basar mis argumentos contra el perfeccionamiento en consideraciones consecuencialistas, al menos no en el sentido habitual del término. Mi argumento no es que la ingeniería genética es cuestionable simplemente porque sus costes sociales excederán probablemente a sus beneficios. Tampoco pretendo que las personas que diseñan a sus hijos o a sí mismas estén necesariamente motivadas por un deseo de dominio, y que este motivo sea un pecado que ningún buen resultado puede redimir. Lo que sugiero es que las cuestiones morales que se plantean en el debate sobre el perfeccionamiento no quedan plenamente recogidas por las categorías usuales de la autonomía y los derechos, por un lado, y del cálculo de costes y beneficios, por el otro. No critico la optimización como vicio individual sino como forma de ser y de pensar.

Las cuestiones que importan realmente son dos. Una tiene que ver con el destino de los bienes humanos que encarnan algunas prácticas sociales importantes: las normas del amor incondicional y la apertura a lo recibido, en el caso de la crianza; la celebración de los talentos y los dones naturales en las actividades atléticas y artísticas; la humildad ante los privilegios, y la disposición a compartir los frutos de la buena fortuna a través de las instituciones de solidaridad social. La otra tiene que ver con nuestra actitud hacia el mundo que habitamos, con la clase de libertad a la que aspiramos.

Resulta tentador pensar que diseñar a nuestros hijos y a nosotros mismos para tener éxito en una sociedad competitiva es un ejercicio de libertad. **Pero cambiar nuestra naturaleza para encajar en el mundo -y no al revés- es la mayor pérdida de libertad posible. Nos aparta de la reflexión crítica sobre el mundo y aplaca nuestro impulso hacia la mejora social y política. En lugar de emplear nuestro nuevo poder genético para reforzar «el fuste torcido de la humanidad», deberíamos hacer cuanto estuviera en nuestras manos para crear unas condiciones sociales y políticas más amables con los dones y las limitaciones de unos seres humanos imperfectos.**

El dominio como proyecto

A finales de los años sesenta, Robert L. Sinsheimer, un biólogo molecular del Instituto de Tecnología de California tuvo un atisbo de cómo sería el futuro. En un artículo titulado «The Prospect of Designed Genetic Change» [La perspectiva del cambio genético controlado], argumentaba que la libertad de elección justificaría la nueva genética y la distinguiría de la desacreditada eugenesia anterior. «Implementar la vieja eugenesia de Galton y sus sucesores hubiera requerido un amplio programa social desplegado a lo largo de varias generaciones. Tal programa no podría iniciarse sin el consentimiento y la cooperación de un sector mayoritario de la población, y habría estado en todo momento sujeto a control social. En cambio, la nueva eugenesia podría, al menos en principio, implementarse de forma bastante individual, en una sola generación, y sin someterse a ningún tipo de restricción»

Según Sinsheimer, la nueva eugenesia sería voluntaria en lugar de coercitiva, y también más humana. En lugar de marginar y eliminar a los no aptos, les permitiría mejorar. «La vieja eugenesia habría requerido una selección continuada de los más aptos para la reproducción, así como la eliminación de los no aptos. La nueva eugenesia permitiría en principio elevar a todos los no aptos al máximo nivel genético».

Este elogio de la ingeniería genética refleja muy bien la autoimagen prometeica y exaltada de la época. Sinsheimer escribió acerca de la esperanza de rescatar «a los perdedores en la lotería de los cromosomas, que tan firmemente dirige los destinos humanos», lo que incluía no sólo a los que nacieran con defectos genéticos sino también a «los 50 millones de americanos "normales" con un CI inferior a 90». Pero también vio que había algo más en juego que la corrección de los «ciegos y viejos lanzamientos de dados» de la naturaleza. Las nuevas tecnologías de intervención genética traían consigo un cambio en el lugar que ocupa el ser humano en el cosmos. «A medida que extendemos la libertad humana, disminuimos sus limitaciones y lo que debe aceptar como dado». Copérnico y Darwin habían «destronado al hombre de su gloriosa posición en el centro del universo», pero la nueva biología podía restituirle ese papel. En el espejo de nuestro nuevo conocimiento genético nos veríamos como algo más que un eslabón en la cadena de la evolución: «Podemos ser los agentes de una transición a un nuevo estadio de la evolución. Se trata de un acontecimiento de relevancia cósmica».

Hay algo atractivo, incluso embriagador, en la idea de una libertad humana no encadenada a lo dado. Es posible incluso que este atractivo haya influido en la emergencia de la era del genoma. Muchas veces se da por supuesto que las capacidades de perfeccionamiento que poseemos hoy surgieron como un subproducto inesperado del progreso biomédico: la revolución genética vino para curar la enfermedad, por decirlo así, pero se quedó para tentarnos con el horizonte de optimizar nuestro rendimiento, diseñar a nuestros hijos y perfeccionar nuestra naturaleza.

Pero tal vez eso sea contar la historia al revés. Es posible ver la ingeniería genética como la máxima expresión de nuestro deseo de vemos en la cima del mundo, de dominar la naturaleza. Y ésta es una visión errónea de la libertad. Amenaza con suprimir nuestra apreciación de la vida como don, y con dejarnos sin nada que afirmar o contemplar más allá de nuestra propia libertad.

Sandel, M., Contra la perfección, Marbot ediciones, Barcelona, 2007, cap. 5, pp. 129-151.